

Jonathan Tittler
Department of Foreign Languages & Literatures
Rutgers University – Camden
Camden, NJ 08102 EE.UU.

Mi Manuel

El posesivo del título de este texto no sugiere en absoluto que pretenda tener derechos propietarios sobre el hombre—objeto de homenaje en estas sesiones--o sobre su nombre. La coloco por su eufonía económica y para indicar lo parcial y subjetivo de estas apreciaciones, además de la intensidad del afecto que abrigo por él.

Aunque había tropezado algunas de sus novelas y colecciones de cuentos y ensayos en la Biblioteca Olin de Cornell University años antes, no conocí personalmente a Manuel Zapata Olivella hasta el primer encuentro de la Asociación de Colombianistas, celebrado en el Recinto de Quirama, en las afueras de Medellín, en julio o agosto de 1984. Aunque había muchos escritores importantes allí entonces—Manuel Mejía Vallejo, David Sánchez Juliao, Fanny Buitrago, Alonso Aristizábal, Gustavo Alvarez Gardeazábal, y muchos más--Manuel fue el único con quien trabé una conversación extendida. No es que lo eligiera yo tanto como me adoptó a mí. Para entonces ya tenía él unos 64 años pero se veía mucho más joven, con energía para quemar y un dinamismo inequívocable. Recuerdo ese detalle porque me preguntó, de buenas a primeras, cuántos años pensaba que tenía. Como se portaba como que invitaba confianza, decidí tomarle el pelo, adivinando unos 75 (ya sabía en qué año había nacido). Entendió mi treta en seguida, y desde entonces, en base a un sentido del humor en común, además de muchos

valores literarios y humanos fundamentales, permanentemente tuvimos relaciones cordiales hasta su muerte unos veinte años después, el noviembre pasado.

En ese primer encuentro expresé mi admiración por su obra, que sólo conocía en parte, e indiqué mi deseo de seguir estudiándola para escribir algo sobre ella. Manuel aceptó calurosamente mi iniciativa y me animó a empaparme en la literatura afro de toda laya. No sé dónde ni cuándo decidí traducir su novela Chambacú: corral de negros, obra de realismo social publicada en 1963. Para 1982, dos años antes de nuestro primer encuentro, yo ya había traducido al inglés la novela Juyungo, del ecuatoriano Adalberto Ortiz, así que existía un antecedente para mí en la literatura afro-hispana. La elaboración de Chambacú felizmente fue el pretexto para muchos encuentros entre nosotros, tanto en Colombia como en Estados Unidos. Enviábamos cartas y trozos de texto continuamente, tratando de refinar o siquiera descifrar pasajes y vocablos en particular. En una de mis visitas conocí a su esposa catalana Rosa Pérez, y de repente me encontré hablando a los dos en forma de vosotros, ¡en plena Bogotá! (Para que se vea lo que puede producir el mestizaje.) Aunque nunca anduvieron Manuel y Rosa con dinero de sobra, siempre ofrecieron una comida sustanciosa y deliciosa, para acompañar la sabrosa conversación. Conocí también a su sobrina Edelmira (hija de su hermana Delia, también recién fallecida), que sufría del reumatismo desde una edad muy temprana. La vida familiar era transparentemente humilde, y transparentemente honrada. Allí aprendí que Manuel cultivaba el vicio de levantarse a las 4 de la madrugada para escribir sin interrupción y en diálogo con los Orichas que de manera permanente lo acompañaban.

En base a la traducción de Chambacú escribí un artículo sobre el proceso de la traducción literaria, dando arranque a un interés duradero en la práctica y teoría de la

misma, materia que acabé enseñando en la Universidad de Auckland, donde tuve una cátedra en los noventa. Hasta el día de hoy, si no tengo otra presión o quehacer, sentarme a traducir algunas páginas de prosa del español al inglés es la actividad intelectual que más me satisface. La publicación de la novela con Latin American Literary Review Press, de Pittsburgh, Pensilvania, en 1989, me animó a traducir otras narrativas hispanoamericanas, tales como El bazar de los idiotas, de Gustavo Alvarez Gardeazábal, y Match ball, de Antonio Skármeta. Finalmente me sentí preparado para intentar enfrentarme con el *opus magnum* de Manuel, Changó, el Gran Putas. Pero dentro del sistema académico norteamericano, donde la traducción no se considera una actividad del todo “legítima” para un estudioso de la literatura, nunca pude reunir el tiempo necesario para abordar una cosa tan enorme. Ese sistema me permitió invitar a Manuel a dar un par de conferencias en Cornell University, donde fue recogido con respeto y entusiasmo, tanto por el Department of Romance Studies como por el Africana Studies Program. En otro momento el mismo sistema también permitió que Manuel y yo visitáramos un número de escuelas públicas en la ciudad de Pittsburgh, él como conferenciante y yo como intérprete, actividad que recuerdo con mucho cariño. Interpretar las palabras de Manuel en vivo, sin pasar por el filtro de documento escrito alguno, me pareció un acercamiento íntimo a algo profundamente auténtico, a través de los siglos y los continentes. No fue hasta fines de 1993, cuando me diagnosticaron con cáncer de la médula, que encontré el tiempo para intentar traducir Changó.

El remedio para ese tipo de cáncer, *mieloma múltiple*, en esa época fue un trasplante de médula, intervención que, si tenía éxito, implicaba una recuperación de por lo menos seis meses. Durante las primeras semanas después del trasplante ni siquiera

podía levantar la cabeza de la almohada de mi cama, pero poco a poco iba ganando fuerza. Por fin pude sentarme a mi computadora y, con la edición de la Editorial Oveja Negra (Bogotá, 1983) a un lado y varios diccionarios bilingües a otro lado (sobre todo un diccionario marítimo) iba elaborando un borrador de Changó. Fue un proceso muy lento y muy hondo para mi persona. Me sentía como uno de esos *ekobios* a bordo de las naves esclavistas en un mar terriblemente picado. A lo mejor no llegábamos al puerto de destino, y quizás fuera mejor así. No obstante, seguía traduciendo, ganando fuerza física con cada tecleo y ganando fuerza espiritual a través de mis diálogos epistolares con Manuel. No podía morir, me susurraba en el oído la voz de Manuel; quedaba mucho trabajo por hacer. Me instruía en los varios panteones de los múltiples Orichas. Me explicaba una cosmogonía ajena, tan ajena a mi realidad postmoderna y postestructuralista occidental. Me daba un objetivo que me motivaba para levantarme e ir a mi escritorio cada mañana. Y me inspiraba con su fortaleza de carácter, la que nunca cejaba, aun cuando lo hostigaban los achaques de la vejez. Aunque Manuel por ese entonces había sufrido varias operaciones de la espalda, todas infructuosas, dejándolo semi paralizado, con el proyecto de Changó me devolvía una vida intelectual y social.

Sólo recuerdo una ocasión en que estuvimos en franco desacuerdo sobre una cuestión trascendente. Una cosa que nos unía era la conciencia de que los dos descendíamos de pueblos históricamente perseguidos. Yo consideraba que la diáspora del hombre africano era la contraparte de la diáspora de los judíos, a lo largo de los siglos y de forma culminante en el holocausto de la Segunda Guerra Mundial. Fue una cosa momentánea, pero era evidente que cada uno creía que su propio pueblo había sufrido

más. Al ver lo infructuoso de esa manera divisoria de pensar, cambiamos de tema y nunca volvimos a mencionarlo en los 20 años de nuestra colaboración.

Aun terminada la traducción de Changó, mediados de 1995, la novela se negaba a nacer en inglés durante mucho tiempo. Sufrió muchas revisiones. En la primavera de 1996 un trozo fue seleccionado y publicado en la revista neoyorquina Review: Latin American Literature and the Arts, la primera señal esperanzadora. Pero el tamaño de la novela entera—unas 700 páginas en manuscrito—implicaba gastos de imprimir prohibitivos para todo editor cuerdo. Nuestra correspondencia siempre incluía tácticas novedosas que sin duda esta vez producirían resultados concretos. Pero nunca resultaron así. Con el paso de los años empezaba a temer que Manuel no viviera lo suficiente para verla publicada. Finalmente, en enero de 2002, aprovechando una visita de investigación mía a Colombia, Manuel convocó en el Hotel Dann Colonial, en La Candelaria, una reunión conmigo y con algunos amigos mutuos, especialmente el geógrafo alemán Ulrich Oslander. Se veía como un último puje colectivo para parir el fenómeno. Si no resultaba esa vez, a lo mejor lo dejaríamos nacer muerto. Armamos una estrategia: elaboramos listas de contactos en la UNESCO en Europa; en el gobierno colombiano; en Trinidad, donde Manuel había sido diplomático; en universidades norteamericanas; y con editoriales escocesas y sudafricanas—todo lo que pudiera contribuir a la publicación en inglés de la muy perversa y retiscente Changó.

Nada de eso sirvió para volver realidad nuestra meta. El mercado del colonialismo global, originador del esclavismo negrero retratado en la novela, conspiraba de nuevo en contra nuestra. Luego, cuando menos lo esperaba, en un congreso de LASA (Latin American Studies Association) en marzo de 2003, en Dallas, Tejas, tropecé con Irene Vilar, una editora asociada de la University of Wisconsin Press, que acababa de lanzar una nueva serie, titulada The Américas.

Buscaban textos sustanciosos que representaran lo ancho y largo del hemisferio occidental, con sus historias y sus mitos tri y cuatriétnicos. Resulta que Changó era precisamente el tipo de libro que buscaban. La iban a publicar en diciembre de 2004 y luego la iban a destacar en las próximas ferias internacionales del libro en Guadalajara y Frankfurt. La nave iba a llegar a buen puerto, y a tiempo.

Pero quedaba un detalle: el título en inglés. Yo había propuesto “Changó, the Baddest Dude”, una especie de invento en jerga *hiphop*, de ninguna manera equivalente al original, pero igualmente agramático e irreverente. A Manuel no le gustaba para nada. Sugería todo tipo de alternativa, desde lo más literal y prosaico (Changó, the Great God), lo cual sería una traducción literal del título de su traducción al francés, hecha por Dorita Nouhaud; hasta lo más clásico (Changó, Non Plus Ultra) o lo más “New Age” (Changó, the Big Kahuna). Pero la editorial insistió en “The Baddest Dude”, imponiendo esos términos en el contrato triangular. Así que no había más remedio; había que esperar la fecha de publicación, y celebrar. Pero no estaba escrito en las Tablas de Ifá que terminaran las cosas así. Manuel murió el 20 de noviembre de 2004, sin tomar conmigo esa última copa de champán.

Allí terminaría este resumen, pero--como seguramente diría Manuel--la historia se niega a acabar tan nítidamente, ni tiene que cerrarse en una nota tan melancólica. En junio de este año me enteré de que los editores que contrataron el libro para la University of Wisconsin Press, Robert Mandel e Irene Vilar, renunciaron sus puestos en protesta de la falta de apoyo (en términos de publicidad y ritmo de publicar los títulos lanzados) por parte de la dirección de la editorial. Robert e Irene saltaron a One World Publications, de Londres, y animaron a todos los autores contratados a dar ese mismo salto. Claro, yo no soy autor y no puedo tomar ese tipo de decisión unilateralmente. Con Manuel fallecido (la muerte de su esposa Rosa siguió la suya apenas un mes después), me ha tocado deliberar en conjunto con sus herederos, su hija Edelma, cuya ponencia se incluye en este programa y que ha organizado una fundación Manuel Zapata Olivella para conservar la obra y memoria de su padre, y su hijo Harlem, que se mantiene alejado

del asunto. Pues, en eso estamos, escribiendo cartas y firmando documentos para que la fuerza de Manuel y de sus ancestros no deje de impactar en el mundo de habla inglesa.

Mientras una parte de mi ser se impacienta por llevar a feliz término este viaje que a veces amenaza ser interminable, otra parte de mí se regocija en el proceso, y no quiere que se acabe nunca. Hasta que no se publique el libro mi relación con Manuel se mantiene viva y presente. Pienso en él, dialogo con él. ¿Qué haría él si estuviera vivo todavía? ¿Cambiaría de editorial? Cuando por fin salga Changó en inglés (se calcula ahora que puede ser sobre abril de 2006), se habrá cerrado quizás el capítulo más rico de mi vida, la parte que me ha regalado Manuel con la inmensa magnanimidad de su espíritu. ¡Qué bien que pudiéramos conquistar Europa juntos!